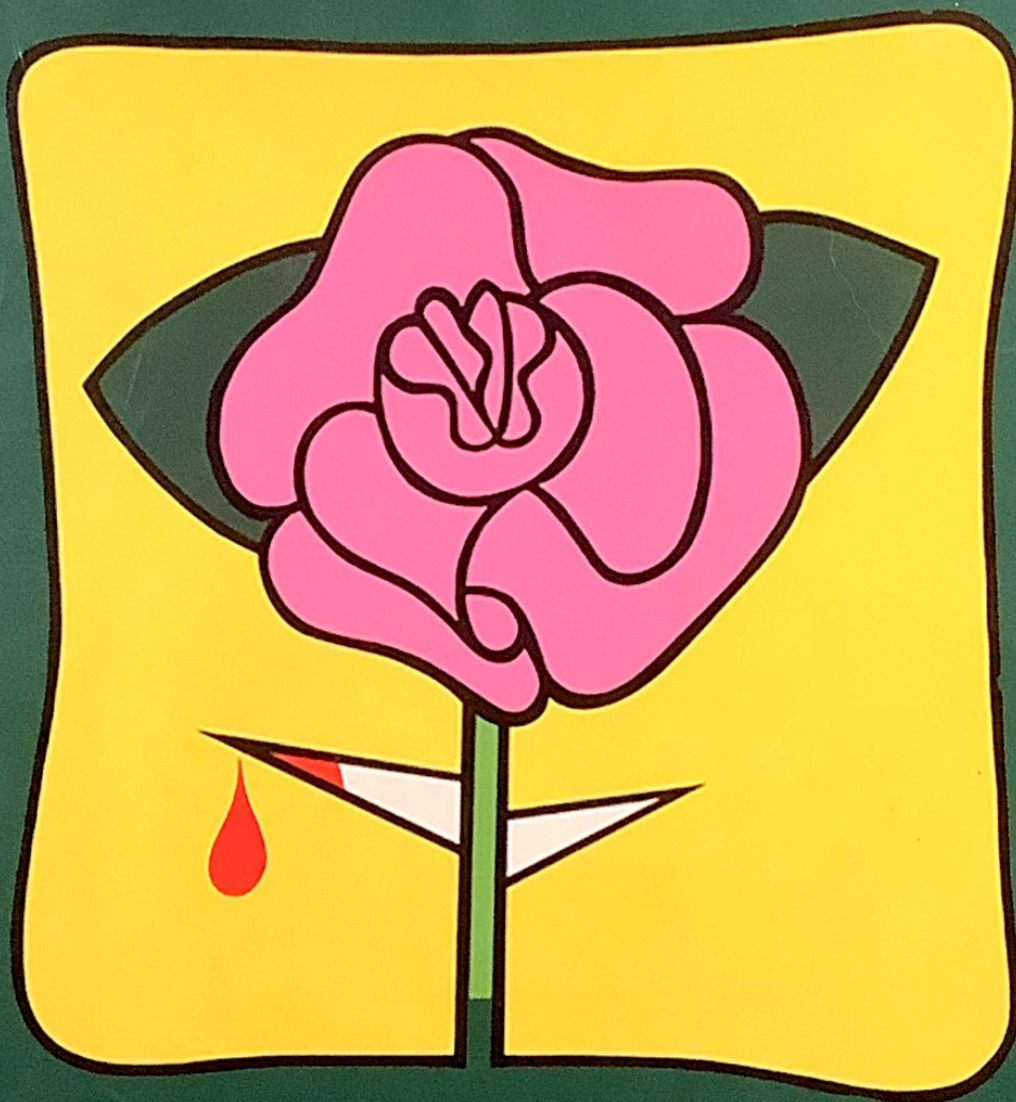


# EMOCION/es REVOLUCION

Mouvements sociaux en Amérique latine, années 68

Miguel Rodriguez et Dorothee Chouitem (dir.)



ÉDITIONS  
HISPANIKES



Miguel RODRIGUEZ  
et Dorothee CHOUITEM (dir.)

*EMOCION/es REVOLUCION*

*Mouvements sociaux en Amérique latine, années 68*



Collection « Histoire et Civilisation »  
Études contemporaines

Les auteurs souhaitent adresser leurs plus vifs remerciements au Centre de Recherches Interdisciplinaires sur les Mondes Ibériques Contemporains (CRIMIC) de Sorbonne Université, à la graphiste Nida Neddham-Foudala pour sa gentillesse et sa disponibilité, à David Marcilhacy et à Clémentine Lucien pour leur lecture attentive, enfin aux Éditions Hispaniques et à leur directrice, Maria Araujo, qui ont permis que voie le jour cet ouvrage.

ISBN : 978-2-85355-111-3  
Dépôt légal : juin 2022  
Collection « Histoire et Civilisation »  
ISSN : 24910899  
Prix : 17 €

Image de couverture : © Alfredo Rostgaard, affiche pour el Encuentro de Canción Popular, Cuba, août 1967, Casa de las Américas et Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC). Nos remerciements à Luciano Castillo et à Jorge Fomet pour leur soutien.

Conception graphique de la couverture : Nida Neddham-Foudala  
Mise en page et maquettage : David Marcilhacy

**ÉDITIONS HISPANIQUES**  
Sorbonne Université, Faculté des Lettres  
Institut d'Études hispaniques  
31 rue Gay-Lussac F-75005 Paris FRANCE

**IMPRIMERIE CORLET NUMERIQUE**  
ZA Charles Tellier  
F-14110 Condé-sur-Noireau FRANCE

# TABLE DES MATIÈRES

## *Introduction*

Miguel RODRIGUEZ

**Pour une histoire des émotions : les mouvements sociaux en Amérique latine .....** 9

- *Global Sixties*
- Montevideo, Mexico, Santiago, Buenos Aires, capitales
- « *Disons non !* »
- Mémoires
- Émouvoir

\*

## *Première partie : Émouvoir, l'espace de la capitale*

Eduardo REY TRISTÁN

**Las capitales latinoamericanas como espacios de conflicto.....** 31

- Capitalidad y conflictividad
- Capitales como centro de poder y su lucha

Alvar de la LLOSA

**L'émotion est-elle dans la Révolution ?.....** 45

- Vers une histoire des émotions
- Émotion et révolution dans le Cône Sud
- Répression et engagement
- Émotion et dirigeants

Freddy TIMMERMANN

**El origen del *terror* en Argentina y Chile, 1960-1980.....** 65

- Miedo y *terror* al comunismo
- Miedo y *terror* a la democracia
- Consenso en el *terror*

\*

## *Deuxième partie : Mémoires des mobilisations*

Carlos DEMASI

**Uruguay 1968 : tradición y novedad en la movilización estudiantil....** 87

- Movimiento estudiantil y poder político
- El impacto del 68 en Montevideo
- Conflictos de interpretaciones
- Representaciones, relecturas y permanencias

Eugenia ALLIER MONTAÑO & Erandi MEJÍA ARREGUI

**El verano mexicano de 1968, entre rebeldía y represión.....** 117

- Inicia el movimiento
- Otros campos de batalla
- El 2 de octubre y lo que siguió
- Las lecturas del movimiento y la memoria

Jean-Baptiste THOMAS

**Passé et mémoire, l'Argentine des années 1970.....** 141

- Silences et récits
- *Matar y morir*. Le « premier récit »
- Le « récit sabatino-alfonsiniste » ou la « théorie des deux démons »
- Autour de quelques limites de la dimension émotionnelle qui structure le « troisième récit »

\*

## *Troisième partie : ¡ Basta ya ! Images, lettres, sons*

Joaquín MANZI

**Joies du montage : Solanas, Gleyzer (1966-1976).....** 161

- Montage
- Militance
- *La hora de los hornos*
- *Los traidores*
- *Cine guerrilla*

Dorothee CHOUITEM	
<b>¡A Desalambrar ! : La nueva canción uruguaya.....</b>	<b>175</b>
▪ Viglietti : una propuesta de lucha y esperanza	
▪ Construcción de un « nosotros » solidario gracias a la canción	
▪ ¿ La canción, de la función simbólica a la acción ?	

Aurélie PROM	
<b>La nouvelle chanson chilienne, véhicule émotionnel intemporel.....</b>	<b>189</b>
▪ Un mouvement qui rassemble : message, public et diffusion	
▪ Entrer dans l'histoire avec l'Unité Populaire	
▪ <i>Te recuerdo Amanda</i> , l'exemple envoûtant d'un message politique	

Norah GIRALDI DEI CAS	
<b>Un soneto, una farsa en la literatura que, en los 60, llamábamos comprometida.....</b>	<b>209</b>
▪ Los años 60, trama sociopolítica, acción y emoción colectivas	
▪ La sátira política para expresar la indignación colectiva	
▪ Composición poética, vibrante emoción y acusación	

\*

*Quatrième partie : Témoignages, un demi-siècle après*

Néstor PONCE	
<b>Testimonio y reflexión : militancia política en la Argentina de los años 1960-1970.....</b>	<b>227</b>
Magdalena SCHELOTTO	
<b>¿Dónde están? El testimonio en Francia de Zelmar Michelini.....</b>	<b>239</b>
Carlos WHUL, testimonio recogido por Magdalena SCHELOTTO	
<b>« Y salí. Y entré ». Una azarosa vida de Uruguay a Francia.....</b>	<b>257</b>

# Las capitales latinoamericanas como espacios de conflicto<sup>1</sup>

Eduardo REY TRISTÁN

*Universidad de Santiago de Compostela*

Este trabajo busca reflexionar en torno al sentido que tuvieron las capitales latinoamericanas en el ciclo de conflicto y violencia política iniciado en América Latina a comienzos de los sesenta a raíz del triunfo de la Revolución cubana, y prolongado a lo largo de las siguientes tres décadas. La propuesta es, antes que nada, un conjunto de ideas en fermento suscitadas por la oportunidad que nos convocó al tema. Algunas son apuntes para el debate que futuras investigaciones deberán contrastar desde el punto de vista empírico. Otras tienen su origen en investigaciones previas en torno a la violencia política en los sesenta y setenta, si bien no necesariamente en relación con la reflexión sobre la capitalidad. La conjunción de ambos bloques de ideas ha sugerido estos primeros resultados que a continuación exponemos, aún más iniciáticos que concluyentes, pero que igualmente confiamos contribuyan a trazar líneas de reflexión, interpretación y debate en torno al tema que nos convoca en esta publicación.

Nuestro punto de partida son cuatro ideas básicas. En primer lugar, entendemos los años 1968 como período, que van más allá del propio 1968 y que abarcan una etapa clave para la transformación socio-política de las sociedades latinoamericanas en distintos órdenes. En segundo lugar, los comprendemos como fenómeno global que afectó a muchos lugares y sociedades simultáneamente, y que a su vez generó diversas fórmulas de movilización, acción y reacción en su momento, así como distintos modos de historiarlo y recordarlo. Tomamos con ello la idea de *Global Sixties*, ya

---

<sup>1</sup> « Trabajo realizado en el marco del Proyecto HAR2016-77828-R, financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad-Agencia Estatal de Investigación (España) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) », y en el marco del Grupo de Investigación HistAmérica de la Universidad de Santiago de Compostela, financiado por la Xunta de Galicia (Plan Galego, Consellería de Cultura, Educación e Ordenación Universitaria, 2017 GPC GI-1661).

explorada por otros autores previamente<sup>2</sup>, y que también considero debe ser la referencia para abordar el período. En tercer lugar, y en cuanto a su carácter, consideramos los años 1968 como « duales », por cuanto por una parte generaron una amplia movilización de múltiples sectores sociales, nuevas formas de protesta, de politización, de comprensión del mundo, de la sociedad o de las formas de comportamiento tanto personal como colectivo (incluida la crítica a los convencionalismos y jerarquías con las que se comprendían las relaciones sociales) ; y por otra propiciaron una dura reacción política y una represión desmedida, basada quizá en el terror al cambio, pero también en la voluntad de imponer otros proyectos socio-políticos alternativos a partir de posiciones fuertemente ideologizadas en todos los planos. Finalmente, nos interesó la comprensión de la capital como espacio nuevo y privilegiado para la movilización y la acción política : la capital como espacio de lucha, de experimentación por parte de todos los actores involucrados, de construcción de identidades, de nuevas prácticas culturales, y de centro de las relaciones de poder ; y por tanto bien de negociación de intereses contrapuestos y de eventual resolución de problemas, o bien de confrontación de proyectos enfrentados y sin capacidad de diálogo entre ellos.

Al tomar estas ideas como punto de partida, esperamos poder reflexionar tanto acerca de los espacios como de los actores que en ellos participan. Se buscará hacerlo con perspectiva regional, para América Latina, si bien en algunos momentos tomaremos como ejemplo y referencia algunos de los casos y experiencias que, por trabajos previos, nos son más conocidos, el caso de Uruguay. Intentaremos además comprender el rol que jugaron las capitales latinoamericanas en torno a 1968 en relación con la conflictividad socio-política. Para ello proponemos dos líneas de reflexión : por una parte los cambios en la comprensión de la capital como espacio de conflictividad en los años sesenta ; por otra el rol histórico que las capitales han desempeñado como centros de poder y de lucha.

### **Capitalidad y conflictividad**

Mi primera reflexión parte del rol determinante de la Revolución cubana a partir de 1959 y a escala regional. A estas alturas creo que ya no está en discusión que ésta implicó una profunda renovación de las formas de

---

<sup>2</sup> Eric Zolov, « Latin America in the Global Sixties », *The Americas*, vol. 70, n° 3, 2014, p. 349-362 ; Martin Klimke (*The Other Alliance : Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*, Princeton, Princeton University Press, 2010) defiende la idea de *long sixties*, igualmente de interés pero distinta, al representar un período más amplio de movilizaciones y transformaciones que finalmente concluye en los años 68 a los que ahora nos referimos.

organización y movilización, al igual que aportó nuevas ideas, nuevas propuestas político-ideológicas, en torno a la eventual transformación revolucionaria de las sociedades latinoamericanas<sup>3</sup>. La importancia de su difusión creo que va más allá, a efectos interpretativos, del peso que ocupasen en lo estrictamente orgánico en cada país.

Cuba actualizó la herencia revolucionaria latinoamericana, ofreció una visión renovada del rol de la violencia como herramienta de actuación política (no presente de modo explícito en la política latinoamericana de las décadas previas, ni siquiera en los sectores dominantes en la izquierda), y además proporcionó un método, en cuyo acierto o valoración no entramos dado que no es el centro del debate. De este método me interesa un elemento crucial para analizar los espacios de la movilización y la confrontación socio-política a partir de 1960 : el traslado del foco de atención de la ciudad al campo, acorde con una propuesta que identifica como sujetos revolucionarios no a los tradicionales en el pensamiento socialista primero y comunista después, los obreros, sino a los campesinos, aquellos que supuestamente protagonizaron el proceso insurreccional cubano. No es de interés ahora el acierto o no de la lectura realizada por los proponentes político-ideológicos de la Revolución, cuya crítica ya hemos abordado previamente siguiendo la línea trazada por autores previos<sup>4</sup>. Esa lectura fue funcional al apropiamiento político y orgánico del proceso revolucionario ; no respondió por tanto a la estricta realidad del proceso sino a la justificación del establecimiento de un tipo de poder y propuesta política a posteriori, excluyente de aquellos que no la compartían y que dejó la revolución en manos de solo unos pocos de todos aquellos que la habían realizado. La difusión de esa lectura por parte del castrismo – de una propuesta que desechaba las tradicionales luchas políticas y sociales de matriz comunista como acceso a la transformación radical de las sociedades y que ponía todo el centro de la atención en la estrategia guerrillera rural –, derivó el centro de atención de las luchas revolucionarias al campo. La capital y en general los espacios urbanos dejaron de ser considerados apropiados para esas luchas (a pesar de que hubiesen sido clave en el proceso insurreccional cubano), para definir el espacio de confrontación como rural.

Conocemos ya cómo desde los primeros sesenta aparecen propuestas foquistas diversas siguiendo estos presupuestos definidos por Guevara primero

<sup>3</sup> Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán, « La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis », *Naveg@merica, Revista Electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, nº 9, 2012.

<sup>4</sup> La cuestión ha sido abordada en Eduardo Rey Tristán, *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Sevilla, Universidad de Sevilla, EEHAA-CSIC y Diputación de Sevilla, 2004, a partir de ideas expuestas previamente en Robert Lamberg, *La guerrilla en Latinoamérica*, Madrid, Editorial Mediterráneo, 1979.

y por Régis Debray más adelante<sup>5</sup>. Sus promotores en Guatemala, en Venezuela o en Perú por ejemplo, a pesar de tener orígenes personales y políticos principalmente urbanos, establecieron sus espacios de conflicto en áreas rurales, según dictaba la propuesta revolucionaria castrista<sup>6</sup>. Esto no cambió hasta avanzada la década cuando, en los países del Cono Sur sobre todo, carentes de los espacios necesarios para el conflicto rural según habían sido propuestos por la nueva teoría revolucionaria, algunos proponentes comenzaron a repensar las teorías guevaristas. Estos, si bien mantuvieron la idea vanguardista de foco, la desligaron de su espacialidad y la reinterpretaron en los espacios urbanos propios. Para que esta lectura llegase a tener relevancia, la clave fue el año 1968, central para comprender el por qué y el modo en el que el centro de la movilización radical se trasladó nuevamente a la ciudad desde el campo.

Ese retorno a los espacios urbanos como centro preferente de la conflictividad revolucionaria no implicó una vuelta a las ideas previas a 1959, sino que se realizó en tensión con ellas. Dado su ascendente castrista, así como las transformaciones sufridas por parte de la izquierda latinoamericana en el plano político-ideológico en los años previos, 1968 alumbraría una propuesta renovada, tanto en formas organizativas como de acción respecto a las dominantes una década atrás.

La centralidad de la capital como espacio de confrontación a partir de 1968 la encontramos en todos los actores. Por parte de la izquierda armada cabe distinguir ciertos matices a partir de entonces. Si en los primeros sesenta sus promotores realizaron una imitación racional de la experiencia cubana yéndose al campo, desde la segunda mitad de la década algunos de ellos avanzaron en lo que hemos denominado una adaptación racional de la propuesta guevarista, que marcó el regreso a los espacios urbanos<sup>7</sup>. Este regreso perdurará incluso cuando en los setenta en otros países de la región,

---

<sup>5</sup> Ernesto Guevara, *La Guerra de Guerrillas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2009 [1961] ; Régis Debray, *¿ Revolución en la revolución ?*, La Habana, Casa de las Américas, Cuadernos de la revista *Casa de las Américas*, 1967.

<sup>6</sup> Para una mínima caracterización de los grupos del período véanse los trabajos generales de Daniel Pereyra, *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Madrid, Libros de la Catarata, 1994, y Robert F. Lambert, *La guerrilla en Latinoamérica*, Madrid, Editorial Mediterráneo, 1979 ; o el análisis de las guerrillas rurales por parte de Timothy Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, Princeton University Press, 1992, la mejor obra analítica sobre el tema todavía hoy.

<sup>7</sup> Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán, « La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996 », art. cit., p. 10-20.

en Centroamérica<sup>8</sup>, se modifiquen las lecturas a partir de un aprendizaje racional de las experiencias fracasadas anteriores : si bien se ha considerado tradicionalmente que las luchas centroamericanas de los setenta y ochenta son rurales, dados los espacios de conflicto militar abierto en los que tuvieron lugar, no debemos olvidar que no fue así en todos los países y momentos.

Nicaragua mantuvo en buena medida el carácter rural y la lucha se llevó desde el campo a la ciudad, si bien la conflictividad en la capital, al igual que en Cuba veinte años atrás, fue también clave. Pero en Guatemala parcialmente, y sobre todo en El Salvador, los movimientos fueron de naturaleza sobre todo urbana en los setenta, y ante la imposibilidad de mantener la confrontación en esos espacios, acabaron desarrollando sus estructuras militares y conflictos sobre todo en las montañas. Los setenta salvadoreños son ejemplificadores para ello. El conflicto no es comprensible sin su desarrollo inicial en los espacios urbanos por parte de sectores medios y bajos, con fuerte presencia del movimiento estudiantil y de la juventud, que se habían reorganizado y renovado política e ideológicamente en los años 1968. La deriva a la guerra en la montaña tuvo relación sobre todo con el punto de ruptura que se dio entre 1979 y 1981 : por la imposibilidad de una rápida resolución del conflicto por la fuerza y en los espacios urbanos (a partir de las estrategias trazadas en la década previa y que llegaron a su punto culminante en 1980), y el subsiguiente y necesario repliegue a refugios rurales por parte de la insurgencia, para continuar desde entonces el conflicto a través de estrategias diferentes que lo transformaron en la conocida guerra civil que se prolongará hasta su resolución negociada en 1992<sup>9</sup>.

También desde el otro lado de la barricada los espacios urbanos, y sobre todo las capitales, son protagonistas. Si bien no se ha elaborado una tipología específica de las fórmulas golpistas a lo largo de la historia latinoamericana, nos sigue pareciendo muy útil la diferenciación establecida años atrás por Alain Rouquié acerca de militarismo sin militares o militares sin militarismo en el XIX, y la evolución que desde el primer tercio del siglo XX

---

<sup>8</sup> Excluimos de esta generalización al mundo andino (Colombia y Perú) en los setenta y ochenta, cuyos procesos estuvieron más influidos por dinámicas propias, locales, que por las corrientes regionales de lucha armada, entre otras.

<sup>9</sup> Sobre el conflicto en Centroamérica, el rol de los espacios urbanos en los inicios del proceso y su posterior evolución al campo y la lucha militar abierta, véase Alberto Martín Álvarez, « The Long Wave : The Revolutionary Left in Guatemala, Nicaragua, and El Salvador », in Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán, *Revolutionary Violence and the New Left. Transnational Perspectives*, New York and London, Routledge, 2016, p. 223-245. Sobre el caso salvadoreño Eudald Cortina Orero y Alberto Martín Álvarez, « The Salvadoran Armed Left and Revolutionary Violence (1970-1980) », in Sebastian Huhn & Hannes Warnecke-Berger (ed.), *Politics and History of Violence and Crime in Central America*, New York, Palgrave Macmillan, 2016, p. 147-182.

se hace hacia un militarismo con militares. Es a partir de entonces cuando el militarismo y los militares en un modo amplio comenzaron a ser actores políticos significativos en sus estados, y no ya a título individual de personajes procedentes de la milicia, sino como institución<sup>10</sup>.

Esto tiene interés para comprender el nuevo golpismo posterior a 1929 y sobre todo el tipo de participación que buscarán los ejércitos latinoamericanos en sus sistemas políticos. Los antiguos cuartelazos – en forma de « pronunciamiento », una tradición muy hispánica en el XIX por otra parte<sup>11</sup> – a través de los cuales sus promotores planteaban un desafío al poder establecido y a sus representantes, tenían lugar en muchas ocasiones, bien en instalaciones militares aledañas de las capitales, caso de Chile en 1924 y en 1932, o Argentina en 1930 ; o bien en regiones más distantes, caso de Brasil en 1930 o El Salvador en 1944, entre otros.

Desde los años 1968 en cambio, y para el ciclo golpista y dictatorial de los setenta, los objetivos directos fueron los centros del poder (capitalinos), no exclusivamente sus principales representantes, y se trató ya no solo de cuartelazos en el sentido clásico, sino de ataques integrales a los sistemas políticos y a las instituciones de los Estados de cara a su ocupación e intervención global. En relación con la represión, veremos que su máxima intensidad se dio sobre todo en las capitales, por cuanto ya eran los espacios del enfrentamiento socio-político, y solo a partir de ahí acabó afectando en mayor o menor medida, según los casos, al rural.

Desde 1968, por tanto, las capitales devinieron en espacio central de la conflictividad, de la radicalización de posiciones, de la creación, la confirmación y la consolidación de nuevas identidades enfrentadas, así como de la definición y ejecución de las nuevas posiciones y prácticas que atentaron contra el sistema desde ambos lados del espectro político. Y en ese camino las capitales dejaron de jugar el rol de disputa del poder a través de la mediación, la negociación, el diálogo, o la institucionalidad, los grandes damnificados de la política y la vida pública por la radicalidad de las posiciones enfrentadas.

### **Capitales como centro de poder y su lucha**

La segunda reflexión se centra en el rol histórico de las capitales como centros de poder y su lucha. Sin duda la capital ejerció aquel rol durante la

---

<sup>10</sup> Véase Alain Rouquié, *El estado militar en América Latina*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

<sup>11</sup> Sobre el tema para el caso español véase Miguel Alonso Baquer, *El modelo español de pronunciamiento*, Madrid, Ediciones Rialp, 1983 ; o la síntesis de José Cepeda Gómez, *Los pronunciamientos en la España del siglo XIX*, Madrid, Arco Libros, 1999.

época colonial. Pero quizá debemos diferenciar el carácter del poder ejercido. La capital era sede del virreinato, ligado por ello a la legitimidad de un poder que en la práctica era relativamente difuso en el territorio que controlaba. Este estaba en manos de cargos diversos, se ejercía de modo local, y solo era parcialmente controlado a través de las varias estructuras administrativas y figuras de control. El equilibrio se organizaba en una tensión constante entre libertades locales y necesidad de insertarse en un sistema más amplio.

Ángel Rama lo describió sutil y brillantemente al referirse « al triunfo de las ciudades sobre un inmenso y desconocido territorio, reiterando la concepción griega que oponía la *polis* civilizada a la barbarie de los no urbanizados »<sup>12</sup>. La ciudad era por tanto la clave de la organización del territorio, el foco del orden y del poder, de la estructura colonizadora y de la explotación del territorio y sus gentes, existiendo una clara jerarquía entre los espacios urbanos : de las capitales virreinales a las ciudades puerto y de ahí hacia abajo al resto de espacios urbanos que se sucedían en una subordinación directa y piramidal, como un « racimo » a partir de un punto extra continental – la capital de la monarquía, señalaba Rama – que reunía todo el poder aunque lo ejerciera por delegación, esquema que se repetía en toda la lógica de dominación del territorio replicándolo a escala cada vez menor en función de las relaciones jerárquicas establecidas<sup>13</sup>.

Ese poder capitalino que convivía con el de las estructuras locales urbanas, semiurbanas y agrarias se extenderá en buena medida en el siglo XIX. Es más que obvio en las primeras y conflictivas décadas tras las independencias. Pero incluso podemos alcanzar a ver sus tensiones en el último tercio del XIX, en plena consolidación de las repúblicas latinoamericanas. Un ejemplo lo tenemos en el Uruguay : la guerra civil de 1903 y la consolidación del poder del Estado desde 1904 (representado por el monopolio de la fuerza) es, en esencia, la representación de ese conflicto entre el poder de la capital y de la moderna estructura del Estado frente al que representaban los líderes rurales apegados aún a esas alturas (algunos) a las viejas tradiciones de equilibrios o cuotas de poder entre el campo y la capital.

Desde fines del siglo XIX y de las primeras dos décadas del XX las capitales serían también los espacios en los cuales se desarrollaría, en disputa, la nueva sociedad : el poder de las elites se consolidaba en capitales que se recreaban a estilo y semejanza de París y otras ciudades europeas, pensadas para su propio y exclusivo disfrute imitando modelos ajenos de comportamiento social ; frente a aquellas, las masas migratorias comenzaban a cambiar la realidad social y los equilibrios de muchos países. Se trata de

<sup>12</sup> Ángel Rama, « La ciudad ordenada », *Revista de la Universidad de México*, nº 33, 1984, primer capítulo de *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998, p. 25.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 28.

clases bajas y medias que se insertarían especialmente en los espacios urbanos y crearían sus propias ciudades dentro de aquellas capitales, ciudades que dialogaban pero también se enfrentaban a las creadas por las elites para su disfrute y el ejercicio explícito de su poder. Serían esas clases medias y bajas, descendientes « del barco », las que pugnarían para la apertura socio-laboral a través de sus sindicatos y de la política a partir de la creación de los nuevos partidos reformistas en las dos primeras décadas del XX (incluidos los de izquierda, socialistas hasta 1920).

Fue esa una batalla que se jugó en los espacios urbanos, especialmente capitalinos. Con todo, si hacemos un somero repaso a las principales luchas sociales que han perdurado en la memoria colectiva como hitos de la conflictividad socio-política, el espacio preponderante (que no único) es otro : la Revolución mexicana tuvo un incuestionable componente rural, no capitalino, al igual que años más tarde, si bien en otros espacios, lo tendrá la revolución boliviana ; la lucha nacionalista más significativa del primer tercio del XX, la de Sandino en Nicaragua, se desarrolló en el campo, al igual que las Ligas Camponesas de Julião en Brasil en los cuarenta, como antes ya hiciera también Luis Carlos Prestes o la insurrección indígena salvadoreña de 1932.

Ese breve recorrido lo podemos concluir en la Cuba insurreccional de 1956 a 1959 : el intento de toma del cuartel Moncada responde a una lógica de cuartelazo como detonante de insurrección que se enmarca en repertorios de actividad clásicos en la región ; y lo mismo podemos decir del desembarco del *Granma*, versión insular del intento de introducción de la insurrección a través de una columna formada en el exilio y con contactos internos, como se practicara en aquellos mismos años en Guatemala, Nicaragua o Paraguay, por citar solo ejemplos coetáneos. El establecimiento de la lucha en la Sierra Maestra responde a esas lógicas, más allá de la lectura que se hizo posteriormente sobre el proceso revolucionario. Ello no obsta para que la realidad insurreccional cubana fuese mucho más compleja y el rol de la capital y de la juventud y movimientos opositores a Batista hubiese sido absolutamente fundamental para la caída de éste.

La consolidación del rol de las capitales latinoamericanas como espacios de poder, negociación, relación, construcción de identidades, etc., podemos situarlo en los años posteriores a la crisis de 1929-1930, con el antecedente ya citado sobre su expansión, reforma y crecimiento desde fines del XIX. Es desde entonces que podemos decir que América Latina – con diferencias internas y desequilibrios varios – pasa de rural a urbana. Las tasas de urbanización que para mediados del XIX no superaban el 17%, hacia 1930 ya habían alcanzado el 30%, y a fines de los sesenta habrán logrado ascender a más del 50% en aquellos países de más temprana y mayor urbanización, que además eran los más integrados a la economía mundial, caso del Cono Sur.

Mientras, los países de la vieja América colonial presentaban aún tasas menores, es el caso de México (33%), o los países andinos y Centroamérica (entre 20 y 25%). Y si en 1890 sólo Buenos Aires tenía más de 500.000 habitantes, a fines de los veinte ya rondaba 1,8 millones, mientras que Río de Janeiro o México pasaban del millón y Sao Paulo, Santiago o La Habana ya superaban el medio millón<sup>14</sup>. En esas décadas previas a 1930 comenzaron a apuntarse las grandes características de la urbanización americana, con países monopolizados por una gran capital que concentraba en algunos casos hasta el 30% de la población (Perú, Argentina o Uruguay); y otros con una red urbana algo más diferenciada y policéntrica (Brasil, México, Ecuador o Colombia)<sup>15</sup>.

El gran cambio llegó a partir de 1930 y hasta fines de los años sesenta. Fue el período de expansión y consolidación de los centros industriales por las políticas industrializadoras y la intensa migración del campo a la ciudad para su uso intensivo como fuerza de trabajo industrial<sup>16</sup>. Entre los años 50 y 60 algunas ciudades, como Bogotá, Caracas o Sao Paulo, duplicaban su población cada diez años. El resultado sería que hacia fines de siglo algunas capitales llegaban a concentrar a la mitad de la población del país, como Montevideo, mientras que otras como Buenos Aires concentraban hasta 2/5 partes<sup>17</sup>.

De la mano del crecimiento urbano y estrechamente relacionado con él, llegaron otras transformaciones estructurales que consideramos clave para entender los años 1968. Por una parte los cambios en la estructura y las condiciones laborales. Si algunos sectores de empleo tradicionales decrecían, otros propios del nuevo modelo de desarrollo económico crecían notoriamente. Hubo una pérdida de peso de ciertas clases medias previas (como pequeños empresarios y artesanos independientes) y un aumento del peso de las nuevas clases medias de las grandes ciudades, compuestas por trabajadores no manuales (como profesionales, gerentes, oficinistas) y trabajadores manuales (como obreros de la construcción, de industrias de servicios).

En el trabajo manual pasó a darse otro cambio de relevancia, como fue la distinción creciente entre los nuevos trabajadores productores frente a los viejos oficios: nos referimos al creciente peso del nuevo trabajador

<sup>14</sup> Jean-Paul Deler, « Transformaciones del espacio en América Latina », Marco Palacios, Gregorio Weinberg, *Historia general de América Latina*, vol. VIII, Madrid, Trotta, Paris, UNESCO, 2008, p. 55-57.

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> Orlandina de Olivera y Bryan Roberts, « El crecimiento urbano y la estructura social urbana en América Latina, 1930-1990 », Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, vol. 11, Barcelona, Crítica, 2000, p. 216-217.

<sup>17</sup> Alan Gilbert, « El proceso de urbanización », *Historia general...*, op. cit., p. 129-132.

industrial frente al antiguo trabajador manufacturero. El proceso de industrialización creó importantes bolsas de lo que podríamos considerar el proletariado en sentido clásico: trabajadores industriales asalariados, empleados en grandes empresas, algo ya consolidado cuando llegan los años 1968, que son además en los que el modelo desarrollista ya ha entrado en crisis<sup>18</sup>. Esos nuevos espacios laborales y sus protagonistas, ahora concentrados masivamente como nunca antes lo habían estado, tendrían nuevas formas de organización en lo sindical, modos diversos de aquellos propios de los antiguos sectores de oficios de matriz anarco-sindicalista previos a 1930. Su capacidad de presión sería sustancialmente mayor, y su capacidad de organización alcanzaría su pico justo a fines de los sesenta, década en la que el modelo entró en crisis y se comenzó a atisbar que el mundo imaginado no tenía por qué seguir siendo igual para las siguientes generaciones.

El segundo cambio estructural clave para el tema que nos ocupa tiene que ver con la educación. El modelo industrializador y la nueva economía de las décadas centrales del XX necesitaba de una nueva formación y una mayor ampliación de estudios. Se requerían unas nuevas clases medias formadas de profesionales y oficinistas, tanto para el sector público como para el privado. Desde los cincuenta asistimos también al desarrollo de la educación de las clases medias y bajas, especialmente en el nivel superior, que desde los sesenta dará lugar a universidades cada vez más masificadas en relación con las décadas previas. Encontramos por tanto, al igual que en el ámbito laboral, que cuando lleguen los años 1968 habrá una gran masa de jóvenes formados o en proceso de lograrlo, que ante la crisis del modelo comenzarán a sentir que la educación puede dejar de ser una herramienta para la movilidad social, o inclusive que las oportunidades crecientes creadas en los años previos habían generado una cualificación mayor que la cantidad de empleos disponibles ante el cambio de ciclo económico. Cabría preguntarse nuevamente si teorías sociológicas explicativas surgidas a comienzos de los setenta, caso de la privación relativa<sup>19</sup>, no serían herramientas de interés para indagar nuevamente en el contexto de aquellos años.

Pero de lo que no cabe duda es que el crecimiento urbano, la industrialización o el desarrollo educativo cambiaron en aquellos años el carácter de las sociedades latinoamericanas. Y que pusieron a disposición de una eventual movilización a amplios grupos de trabajadores o de estudiantes,

---

<sup>18</sup> Orlandina de Olivera y Bryan Roberts, « El crecimiento urbano y la estructura social urbana en América Latina, 1930-1990 », art. cit., p. 216-217.

<sup>19</sup> Véase el trabajo conocido de Ted R. Gurr, *Why Men Rebel*, Princeton, Princeton University Press, 1970); en castellano, *El por qué de las rebeliones*, México, Editores Asociados, 1974.

con estructuras más complejas en su relación y organización, y al tiempo más capaces de coordinarse para plantear desafíos sociales y políticos, como ocurrirá en los años 1968. Considero que esta línea de trabajo es de interés para entender lo ocurrido entonces, cómo se llega a esos momentos con unos cambios estructurales que favorecen – aunque no determinan – la movilización.

En la coyuntura de aquellos años, en sociedades que vivieron transformaciones estructurales de calado, faltaba solo la mecha que prendiese el fuego. Y ésta o éstas llegarían en los sesenta. Se trata, como siempre en cualquier período histórico complejo en sí mismo como lo son todos, de una situación multicausal. El rol de Cuba es determinante, por los factores señalados. Especialmente por la actualización de la violencia como arma política y la difusión de la idea de revolución<sup>20</sup> : ésta no solo pasó a ser posible, sino además viable y realizable a través de un nuevo método, y para la cual ya había un ejemplo exitoso de honda repercusión pública que incitaba a ella. Los promotores del método tuvieron un perfil predominantemente urbano en toda la región. Y si en los primeros años iban de la ciudad al campo en función de la lectura dominante, a partir de cierto momento y en ciertos países, algunos comprendieron que sus campos no tenían posibilidades pero sus selvas sí podían ser las ciudades. Se trató de lecturas independientes y simultáneas, solo parcialmente influidas y alimentadas recíprocamente por contactos esporádicos entre algunos actores, o por la difusión de noticias e imágenes entre los diferentes países.

La lectura que realizamos tiene su centro en las organizaciones clandestinas. No fueron las únicas desde luego, pero de éstas surge una de las ideas clave para comprender los años 1968 : la centralidad de la capital no ya como espacio de debate político y acuerdo, sino de espacio de conflicto y lucha por el poder por fuera de los cauces institucionales y reglados. Esta idea es novedosa en la segunda mitad de los sesenta. Y lo es porque es finalista : la lucha es una herramienta para un fin último radical, la transformación socialista de la sociedad. Y la ciudad pasa a ser el terreno de combate, una ciudad y un espacio que no se reconoce como propio, sino como campo de juego organizado y reglado por el enemigo a combatir, y que por tanto no hay preocupación por cuidar. Es, en cierto modo, un espacio a conquistar como requisito previo para tomar el poder : la traslación a los espacios urbanos de la idea de la creciente conquista del espacio rural por parte de la guerrilla foquista en su proceso de transformación en ejército revolucionario.

---

<sup>20</sup> Eduardo Rey Tristán, « Del etapismo a la inmediatez. Debates en torno a la idea de revolución en América Latina a partir de 1959 », *SÉMATA, Ciencias Sociais e Humanidades*, vol. 28, 2016, p. 363-388.

Por otra parte, la capital será el espacio en el cual los grupos clandestinos se relacionen con el público objetivo pretendido para su desarrollo, principalmente los movimientos estudiantiles. Esa relación será clave sobre todo para el crecimiento de los grupos, así como para la radicalización de los movimientos. En el caso uruguayo fue esta última, el distanciamiento de posiciones con las autoridades, la conflictividad creciente y el enfrentamiento abierto y radical desde el segundo semestre de 1968, lo que empujó a los sectores más radicalizados del movimiento estudiantil a las organizaciones clandestinas. Estas, y especialmente el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, recibieron una afluencia no generada por ellos y para la que incluso sus estructuras aún no estaban preparadas.

En muchas de las capitales latinoamericanas en los años 1968 surgieron nuevas formas de movilización, de socialización, de organización y de acción, que fueron autónomas de muchas otras que se dieron en las capitales del mundo occidental, al tiempo que simultáneas y similares. Esta cuestión tiene, como una de sus claves explicativas, tanto el desarrollo de una cultura y una contracultura específica, como de la existencia de ciertos vehículos y formas de difusión, todos ellos por ciertos muy propios de los ámbitos urbanos. El cambio se viene operando desde la década anterior, lo que incide en la citada idea de *long sixties*. Por una parte en la transformación de ciertas estructuras clave, la laboral o la estudiantil, sin menoscabo parte de la difusión de las lógicas de confrontación político-ideológica en el contexto de Guerra fría a las que nos referiremos seguidamente.

Fue la Revolución cubana la que marcaría el cambio en las lógicas de centralidad o subsidiariedad de los espacios urbanos y especialmente de las capitales. La propuesta revolucionaria castrista, de tan amplio impacto en los primeros sesenta, devolvió el protagonismo al campo, si bien su fracaso y la reformulación realizada, al avanzar la década, en el Cono Sur, devolvió el centro del conflicto a las capitales, si bien con lógicas distintas a las previas a 1959. La capital fue entonces nuevamente no sólo el espacio de poder, el centro de la vida política, económica y social en todos los órdenes. Pasó a ser el espacio privilegiado de la conflictividad y del enfrentamiento por todos los actores político-ideológicos, no sólo por la izquierda y no sólo por los grupos armados.

Cabría destacar por último y, dado que este trabajo es aún más iniciático que concluyente, que esa centralidad encontró eco más allá de la región. A diferencia de las tradicionales lecturas eurocéntricas en torno a los años 1968, consideramos que, tanto si tomamos la idea de *long sixties* como la de *global sixties*, América Latina juega un rol central en las movilizaciones en el mundo occidental. Si tradicionalmente las ideas parecen haber circulado

le este a oeste, en aquella década y, para algunos aspectos clave, fue a la inversa.

A partir de la Revolución cubana se inició un período de difusión político-ideológica clave en el cual a la idea de revolución se unió la ya circulante de anti colonialismo heredada de los cincuenta europeos y especialmente de la guerra de Argelia. Ambas acabarán haciendo triada con la de anti imperialismo, dominante en la movilización de fines de los sesenta por el fuerte peso de la oposición a la guerra de Viet Nam. El rol de América Latina es clave y es trazable en la relación de Cuba con África, especialmente con Argelia entre 1962 y 1965, y en la realización de la Conferencia Tricontinental en La Habana en 1966. Fueron años en los que comenzaron a tejerse redes de solidaridad clandestina muy poco conocidas hasta ahora, pero que sabemos tuvieron como uno de sus centros clave París (además de La Habana), con la presencia fundamental de militantes de largas trayectorias que se inician en la resistencia y pasan por la solidaridad con Indochina primero, Argelia sobre todo después, y que finalmente llegan a América Latina.

Pero además, Cuba y su ideario revolucionario alimentaron a la naciente nueva izquierda europea de modo simultáneo al conflicto argelino, favoreciendo esa conjunción político-ideológica, que tendría continuidad en los años 1968 en los discursos antiimperialistas o poco después, en la radicalización de ciertos sectores nacidos en las movilizaciones de esos años y que acabarían orientándose a la violencia como herramienta de transformación política. En aquellos momentos, en los inicios de los setenta, la imagen de las luchas urbanas y capitalinas latinoamericanas fue poderosísima, clave no tanto para el nacimiento sino sobre todo para la alimentación ideológica y de repertorios de acción de los nacentes grupos de ultra izquierda violenta europeos. Los ejemplos son múltiples y rastreables en muchos testimonios de militantes de la ultra izquierda europea de los setenta : en los fundadores de las Brigadas Rojas italianas, como Renato Curcio y Alberto Franceschini ; en militantes alemanes, como « Bomm » Bauman, integrante del Movimiento 2 de Junio (conocido como los Tupamaros de Berlín occidental) ; en la organización vasca ETA o en la Fracción del Ejército Rojo alemán<sup>21</sup>. Se trata en todos los casos de grupos de origen y actuación eminentemente urbana, que si bien compartían principios y simpatías por la idea de revolución emanada de Cuba, tuvieron como ejemplo de actividad al MLN-Tupamaros uruguayo y fueron deudores, tanto de la publicística de ellos

---

<sup>21</sup> Sobre el tema véase Guillermo Gracia Santos, *Aprendiendo de ellos. Los procesos de difusión político-ideológica transnacional : MLN-Tupamaros y Brigadas Rojas en perspectiva comparada*, Tesis de Doctorado, Universidad de Santiago de Compostela, 2018.

y sobre ellos, como de otros defensores de la lucha urbana – el brasileño Carlos Marighella, por ejemplo.

Hablamos por tanto de luchas que salen de los años 1968, que se desarrollarán en algunas de las principales capitales del continente europeo, y que tuvieron como referente a aquellos grupos de actuación similar en algunas capitales latinoamericanas. Su comprensión pasa por los procesos de difusión político-ideológica del período y por las claves culturales compartidas que nos ayudan también a comprender por qué los años 1968 son similares, simultáneos y hasta diríamos que compartidos a nivel global.